

LITERATURA DE CHINA

VOL.2

Cuentos de
Shaanxi



EDITORIAL NUEVO MUNDO



Literatura de China

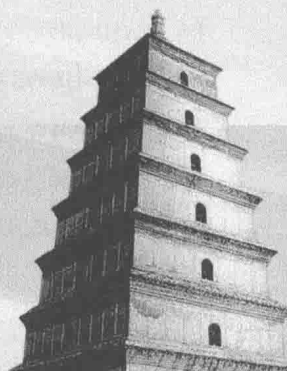
Vol.2

Cuentos de Shaanxi

Compilado por la Junta Editorial
de Literatura de China: Cuentos de Shaanxi
Traducido por Isidro Estrada y Guo Lingxia



Editorial Nuevo Mundo



图书在版编目(CIP)数据

中国文学. 陕西卷. 下 : 西班牙文 / 中国文学陕西卷编委会著 ; (古) 伊西德罗·埃斯特拉达 (Isidro Estrada), 郭翎霞译. — 北京 : 新世界出版社, 2017. 1

ISBN 978-7-5104-6104-0

I. ①中… II. ①中… ②伊… ③郭… III. ①中篇小说—小说集—中国—当代—西班牙文②短篇小说—小说集—中国—当代—西班牙文 IV. ①I217.1

中国版本图书馆CIP数据核字(2016)第311952号

Literatura de China: Cuentos de Shaanxi Vol. 2 中国文学陕西卷(下)

编者: 中国文学陕西卷编委会
策划: 张海鸥
责任编辑: 李淑娟 乔天碧 葛文聪
翻译: (古) 伊西德罗·埃斯特拉达 郭翎霞
装帧设计: 贺玉婷
排版: 书香传承
责任印制: 李一鸣 黄厚清
出版发行: 北京 新世界出版社
社址: 北京市西城区百万庄大街24号 (100037)
发行部: (010)6899 5968 (010)6899 8705 (传真)
总编室: (010)6899 5424 (010)6832 6679 (传真)
本社中文网址: <http://www.nwp.cn>
本社英文网址: <http://www.nwp.com.cn>
版权部电子信箱: nwpcd@sina.com
版权部电话: +86 10 6899 6306
印刷: 北京京华虎彩印刷有限公司
经销: 新华书店
开本: 880 × 1230 1/32
字数: 120千字 印张: 10
版次: 2017年1月第1版 2017年1月北京第1次印刷
书号: ISBN 978-7-5104-6104-0
定价: 128.00元

新世界版图书 版权所有 侵权必究
新世界版图书 印装错误可随时退换



Índice

Una casa blanca y remota	1
Gao Jianqun	
Un río para la mudita	91
Zhang Hong	
Hentoutie el testarudo	199
Liu Qing	
Epílogo	312

Una casa blanca y remota



Gao Jianqun

Sobre el autor:

Gao Jianqun, nacido en 1954, en el distrito de Lintong, ciudad de Xi'an, provincia de Shaanxi, es vicepresidente de la Asociación Provincial de Escritores de Shaanxi y vicepresidente de la Federación de Círculos Literarios y Artísticos de Shaanxi. Publicó sus primeras obras en 1976. Sus escritos incluyen las novelas *El último huno*, *Ciudad Liuliu*, *Las extensas planicies* y *Ciudad Tongwan*; las noveletas *Una casa blanca y remota*, *La tienda Dashun* y *El caballo Ili*, las colecciones de ensayos *Las minorías del norte*, *el viento del norte y el desierto*, *Las rosas de oro del Oriente*, *Los hunos y los otros* y *Nuevo ensayo de mil palabras* y la antología poética *Poemas de Gao Jianqun*. Ha obtenido el Premio Literario Lao She, el Premio para la Literatura Guo Moruo y el Premio Literario Zhuang Zhongwen.

Primera parte

Por aquel entonces, él era aún un joven apuesto, que se dedicaba al contrabando junto a su padre, un anciano de la etnia hui, comerciante y ladrón por partes iguales. En toda la vastedad de la frontera chino-rusa no había fuerza capaz de detener a los contrabandistas. Estos cargaban sus caballos con diversas artesanías, productos de la montaña, pieles, e incluso con el oro de las montañas Altai, y luego los llevaban a Alma-Atá, detrás del lago Zaysan. Hasta se aventuraban a cruzar el desierto y las altas montañas desoladas, llegando a sitios tan alejados como la ciudad de Moscú. Regresaban cargados con todo tipo de artículos rusos de moda para uso diario, los cuales vendían a los kazajos habitantes del desierto. No en balde hoy es posible detectar muchos vocablos kazajos, como los referidos a los termos y las armas de fuego, que derivan del ruso.

Un día, tras obtener modestas ganancias en sus transacciones, el anciano hui y su hijo cruzaron la frontera y consiguieron alojamiento para pasar la noche en una carpa kazaja. Los propietarios de la carpa eran una pareja de recién casados, que hacían el trayecto hacia nuevos pastizales. Era una noche clara, iluminada por la luna.

Dentro de la pequeña tienda de campaña, una pieza de tela blanca servía de cortina simbólica, como única separación entre la pareja y sus huéspedes.

Los kazajos creen que si un hombre casado logra embarazar a su esposa en la noche en que reciben una visita excepcional, el hijo así concebido crecerá dotado de las mismas virtudes de los invitados. Dado que la pareja estaba en luna de miel, y los visitantes gozaban de notable prestigio, resulta fácil adivinar el curso de los acontecimientos.

La cama de madera chirrió toda la noche, para tormento de los dos viajeros. El anciano padre y su hijo, acostados al otro lado de la cortina, pasaron buena parte de la noche en blanco, aspirando la frescura de los pastizales y también el fuerte olor de las cabras, acompañados del constante crujido de la cama y los ocasionales gemidos de los tórtolos, que les hacían revolverse una y otra vez en el lecho, incapaces de conciliar el sueño.

Al amanecer, el anciano hui se sentía tan enojado que despertó a su hijo y le ordenó prepararse para partir. Antes de irse, y para expresar su cólera, colocó bocabajo la olla de hierro que la joven pareja mantenía en medio de la tienda.

Los recién casados estaban tan agotados que no se durmieron hasta el amanecer. Cuando despertaron, no

encontraron a sus huéspedes. Al ver la olla de hierro, se sintieron avergonzados y corrieron detrás de ellos.

El hijo parecía haber crecido durante la noche. Al ver los ojos ardientes y la entrepierna tumescente del joven, el viejo contrabandista se convenció de que algunas de las funciones fisiológicas del joven, después de permanecer latentes en su infancia y adolescencia, recién se habían despertado. El padre experimentó inquietud.

Los visitantes fueron llevados de vuelta. Para expiar su falta de urbanidad, el anfitrión kazajo invitó a padre e hijo a permanecer en su carpa durante otros tres días, durante los cuales decidió no mover ni un centímetro la vivienda trashumante.

En esos tres días, el kazajo percibió una repentina frialdad en el cuerpo de su mujer. Quedó claro que un collar de ágata roja, un anillo cromado, un peine de madera, e incluso una sencilla horquilla de hierro para el cabello, bastaban para conquistar el corazón de una mujer kazaja común. Con más razón si los presentes llegaban de manos de un chico joven y guapo.

Varios días después de la partida de padre e hijo, el joven volvió solo. Lo hizo en secreto. Él y la mujer kazaja casada comenzaron a verse con frecuencia en el vasto desierto, al amparo de la oscuridad. Incluso se atrevían a encontrarse a plena luz del día, ocultándose entre arbustos

y las hierbas altas.

Poco a poco la pareja kazaja y sus ovejas fueron subiendo hacia el prado en la cima de la montaña.

Como sucede en esas melancólicas canciones de amor que pasan de una generación a otra, la cita secreta del jovenzuelo y su amante casada se vio interrumpida en una noche sin luna por el ruido de cascos de caballos. Les rodearon el marido ofendido y varios otros kazajos no menos enojados. A la esposa infiel, aún medio desnuda, la cargaron en la grupa de un caballo y la sacaron del lugar. Su cuerpo, hecho desde la infancia de té de leche y carne de carnero, ahora brillaba en la oscuridad, apenas unos minutos después de haberse estremecido de placer. Sus enormes pechos, que recordaban la ubre de una vaca, también temblaron.

El joven recibió una tunda de planazos con los sables, además de patadas con botas de cuero y latigazos, hasta que al fin se desmayó sobre las yerbas del prado.

Gritando a voz en cuello, los kazajos hicieron una incisión en el vientre del muchacho, valiéndose de una gran hoz, de más de un metro de largo, como si le estuvieran introduciendo un clavo, justo en el pastizal donde había estado refocilándose con su amante casada.

Al amanecer, la pradera estaba vacía. Los kazajos cargaron sus carpas a lomo de caballo y condujeron a sus

ovejas y cabalgaduras hacia las montañas Altai, que se insinuaban borrosas en la distancia. Desde ese momento olvidarían esta historia, con la misma facilidad con que habían abandonado el prado que por un tiempo les sirvió de hogar. Si por cosas del destino alguna vez regresaban aquí, lo más probable es que no recordaran lo que había sucedido, después de tantos años.

Probable sería asimismo que algún águila solitaria en busca de presa avistara al joven viajero. Sería alguna de esas rapaces que sobrevuelan la pradera cada mañana, para ver si hay alguna oveja muerta, extraviada desde la noche anterior. El cuerpo del joven le representaría un hallazgo deleitoso, capaz de hacerle dar la vuelta al punto de partida, para convidar a sus familiares y vecinos a disfrutar del promisorio festín. Por supuesto, antes de ir a informarles, bajaría a comerse los ojos del joven, que se le ofrecían como manjar demasiado exquisito para pasarlo por alto.

Pero el desenlace fue distinto, porque cuando los rayos de la mañana se lanzaron sobre las cumbres nevadas de las montañas Altai, el joven recuperó el conocimiento.

Con gran dificultad y dolor extrajo la hoz del vientre, centímetro a centímetro. Tambaleándose se levantó del suelo, se cubrió parte del abdomen y la espalda con las manos y entre traspiés emprendió la marcha.

A poco caminar por el pastizal, topó con una banda de ladrones, que andaban a la búsqueda de un nuevo líder. Tras la muerte del cabecilla anterior, los ladrones habían llegado al acuerdo de que al primer hombre que encontraran en la pradera lo designarían como su nuevo jefe. Si el individuo en cuestión se negaba, lo matarían y continuarían en busca de otro candidato. Y justo entonces dieron con el joven hui. Después de pensarlo un rato, el joven aceptó la propuesta, y de inmediato los cacos lo llevaron de vuelta a su fortaleza en las montañas.

Los ladrones también se empeñaron en rastrear a la pareja de recién casados en la pradera. Cabalgaron en corceles negros y registraron todas las rutas por las que suelen trashumar los pastores. Hasta que al cabo dieron con ellos.

El joven hui, ahora flamante líder de la banda, no mató al marido kazajo. En su lugar, se quedó contemplando con aire culpable al pastor, que permanecía atado de pies y manos. A punto de marcharse, el joven tomó una bolsa que contenía polvo de oro robado de las minas de Altai y la arrojó a los pies del pastor. Luego le dedicó unas palmaditas en el cuello, quizás tratando de disminuir el enojo del marido burlado.

En acto inesperado, sacó su látigo y propinó una buena azotaina a la esposa del kazajo, a la cual tuvo por amante

secreta.

- ¡Me arruinaste la vida – exhaló con tristeza -, tú, bruja puta con zapatillas rojas!

- ¡Ah, maldito deseo, déjame vivir en paz! - gritó el joven hui, estremecido de dolor, halándose los cabellos como si quisiera arrancarlos de raíz.

Colocó a la mujer en su caballo y se la llevó.

A partir de ese momento se hizo llamar Ma la Hoz. Tras enterarse de la noticia, su padre, el viejo contrabandista, se embarcó en largo viaje para encontrarse con su hijo, al cual repudió de modo solemne, prohibiéndole asimismo volver a utilizar el nombre que el progenitor le había otorgado. El joven hui pegó un grito estremecedor y blandiendo su sable se libró de la capa que lo cubría.

Con otro grito salvaje señaló la cicatriz en su vientre.

- ¡Ma la Hoz! – resonó el alarido del joven.

Los otros ladrones aplaudieron en coro a su nuevo líder

- ¡Muy bien! ¡Ma la Hoz! ¡Ese sí es un buen nombre! – corearon.

El anciano estaba tan consternado que casi se cae del caballo. Se lanzó entonces en galope tendido, llevado por la conmoción, para nunca jamás reaparecer en la pradera.

Transcurrieron varios años, durante los cuales se esfumó en el olvido la imagen del que alguna vez fuera

el joven hui. La gente supo de la existencia de un hombre llamado Ma la Hoz, de rostro triste, cuerpo sólido y discurso parco en extremo. Los viajeros contrabandistas le proporcionaban armas de fuego y los buscadores de oro caídos en la indigencia se sumaban a su banda. En los alrededores se le conocía como el Rey de las Praderas.

El siglo XIX llegó a su fin. Como es bien sabido, China firmó por entonces una serie de tratados humillantes con la Rusia zarista y, como resultado, perdió millón y medio de kilómetros cuadrados de territorio. En cierta ocasión Lenin abordó lo sucedido con un enfoque justo y honesto en su obra inmortal, por lo que huelgan mis comentarios al respecto. Además, la historia que ahora les cuento sucedió después de esos acontecimientos históricos y tuvo poco que ver con ellos. Si a pesar de todo los lectores siguen interesados en estas cuestiones, tal vez hable de las mismas en alguna obra posterior.

Luego de que la firma del Tratado Tarbagatay – Hovd de 1883 definiera la nueva línea fronteriza entre China y Rusia, estallaron disturbios en las zonas limítrofes, que pusieron sobre ascuas al Gobierno Qing. Por aquellos años, Ma la Hoz y su banda habían adquirido un notable poder. Tanto así que el Gobierno Qing no tuvo más remedio que ofrecerle una amnistía a Ma. La administración imperial lo designó funcionario local y le construyó

una casa toda blanca en una desolada y remota región fronteriza.

Exhalando un largo suspiro, Ma la Hoz resumió la vida de ladrón que se preparaba a dejar detrás, recurriendo a dos líneas entresacadas de un libro extraordinario, titulado *La sabiduría de la gloria real: un espejo turco-islámico para los príncipes*:

He derramado lágrimas juveniles como nube viajera;

Detengo ahora el vendaval de mi vida errante

Entonces agarró a la cabeza de chorlito de su mujer, la hermosa kazaja que se había traído desde el pastizal, y marchó a trabajar en la estación fronteriza. Aunque todavía no había cumplido los treinta años, Ma la Hoz parecía cargar con siglos encima, de puro avejentado. Hasta le habían salido canas. La vida le dejaba muy en claro que sus días de ladrón vinieron acompañados de un saco de sufrimientos. Ahora por fin las sonrisas comenzaban a aflorar en su rostro sombrío.

Le pidió a su esposa el dinero que había acumulado en los últimos años, lo distribuyó entre sus socios ladrones y les exhortó a que buscaran otra ocupación para subsistir. Antes de delinquir, la mayoría de aquellos cacos habían sido agricultores, ganaderos y buscadores de oro de diversas etnias, que en algún momento de sus vidas sucumbieron a la quiebra financiera. Con el dinero que

les dio su líder algunos regresaron a sus lugares de origen y los demás lo siguieron a la estación fronteriza, para servir como soldados.

Segunda parte

La estación fronteriza se ubicaba en una vasta extensión de tierras yermas, donde coincidían un pastizal y un desierto. Visto desde la Casa Blanca, el macizo montañoso Altai se empinaba borroso en la distancia y un caudaloso río fluía fragoroso e inmediato al sitio de vigilancia. Se le conocía como río Ertix, cuyo curso nacía en los montes Altai, pasaba por la tierra de las castañas en Asia Central y la Rusia zarista, y luego se incorporaba al río Ob, tras lo cual desembocaba en el océano Ártico. Según contaban los lugareños, Li Po, el gran poeta de la dinastía Tang, había accedido al interior de China viajando a contracorriente por este río, procedente de la ciudad de Suiye (donde se cree que nació el bardo).

Muchos años después de culminada la época de Ma la Hoz, fui designado como guardia fronterizo en la estación de la Casa Blanca. Me impresionó mucho la calidez con que se hacían presentes los veranos allí, en vivo contraste con la gélida entrada de cada invierno. Pero incluso si uno decidía dar por bueno el pronóstico oficial del tiempo

— suavizado a sabiendas —, la temperatura más alta podía rebasar los 46 grados centígrados, mientras que la marca más baja alcanzaría 46 grados en el extremo opuesto del termómetro. Durante la mitad del año los lugareños debían caminar calzando botas de fieltro, o pesados zapatos de algodón acolchado. Y ¿qué cabía esperar entonces del verano? Pues la realidad es que la temporada estival dejaba un saldo aún más terrible. Aquel lugar debió haber sido un pantano negro muchos años antes. Pero en mis años de guardia había dejado de serlo y ahora se le veía adornado de espléndidas malas hierbas y abundantes juncos, a cuya vera danzaban zumbones millones de mosquitos. Bastaba un corto paseo entre la hierba para que el caminante se viera cubierto de mosquitos, capaces de convertirse en una capa de color gris sobre el uniforme verde del guardafrontera. En cuanto a la situación en el dormitorio, peor no podía ser. En sus cuatro esquinas pululaban sin descanso los molestos zancudos. Por la noche, tras apagar las luces, los soldados se arrastraban por debajo de sus mosquiteros y se tendían desnudos sobre las camas, a la espera de recibir sus correspondientes picadas, como preámbulo al consabido manotazo al insecto. Por lo general, pasaban una hora intentando apachurrar a todos los mosquitos atrapados dentro de los mosquiteros. Cuando todavía era un muchachón, leí en